



Gregorio Romero y Larrañaga

Lucrecia la de Sevilla

Leyenda caballeresca del siglo XVI

- I -

En una tarde de abril,

deliciosísima tarde,

no tengo presente el año

pero muchos años hace;

en la vega deleitosa

5

del humilde Manzanares

río pobre en sus corrientes,

pero en su renombre grande,

pues su orilla es celebrada

por ser cuna favorable
10

de las hermosas, según

nacen en ella deidades;

que aunque sólo en el Oriente

las circasianas encanten;

y aunque no hay tan bellos ojos
15

como son los orientales;

aunque Málaga y Jerez

sin ser del Oriente parte,

son en materia de hermosas

fuentes ricas y abundantes;
20

y pasan las de Granada

por ser hurís celestiales,

y las damas de Valencia

por las damas más notables;

las arenas de este río,
25

el imperio se reparten

en punto a mirar hermosas,

en sus mágicos raudales.

Y no extrañéis que prodigue

encarecimientos tales
30

a las bellas de mi patria;

que no fueran disculpables,

a no ser tanto el hechizo

de sus ojos virginales,

las demandas y tragedias
35

que desde añejas edades

por alcanzar un suspiro

bañaron su suelo en sangre.

En aquella hora del día

en que los rojos celajes,
40

ciñen un lazo de fuego

sobre la frente gigante

del horizonte extendido,

y en que variados cambiantes

tornasolan en las aguas

45

brilladoras y fugaces,

los últimos rayos tibios

de un sol, que en destellos suaves

va prodigando su luz

a los montes y a los valles,

50

gozándose en detener

su cabeza agonizante

mayor tiempo, por mirar

el mundo de donde parte,

en ese momento, pues

55

de armonía inimitable

en que parece que el ruido

de las ondas es más fácil,

el olor de las praderas

más sentido y agradable,
60

más blando el son de las ramas,

más triste el son de los aires,

más rico el manto de flores,

más amorosas las aves,

dos damas están sentadas
65

del pobre río en la margen.

Las olas leves, parece

que entre sus pies se deshacen,

y así el tocar en la orilla

es sólo para besarles;
70

porque acaso agradecido

el río, querrá pagarles

con la espuma que salpica

sus mantos cual blanco encaje,

el ver que aumentan sus ojos,
75

la copia de sus caudales.

La más hermosa, y por cierto

que la que es más no se sabe,

pues de ambas celoso el sol,

se hundió en el ocaso aun antes,
80

es morena, alta y delgada,

de graciosos ademanes.

Las azucenas y el lirio

en el color de sus carnes

su pura esencia confunden
85

en graduación admirable.

La sonrisa es hechicera,

tan bella, y tan insinuante,

que los amores dichosos

sus nidos en ellas hacen.
90

No es mucho en concha de perlas

y entre un ramo de corales

que anide amor, si otra concha

fue la cuna de su madre.

Sus ojos son dos estrellas;

95

cuando en luz agonizante,

vierten tranquilas miradas,

no hay alma que no desmaye,

y en su lumbre moribunda,

no tema que al fin se apague

100

un corazón tan hermoso

que despide albores tales;

cuando fogosas e inquietas,

en fuego inspirado se arden,

se espera que sus dos soles

105

todo el universo abrasen.

Sus maneras, aunque nobles,

son atrevidas y audaces:

su edad, la del rostro apenas

cinco lustros la señale;
110

más se presume en razón

que de siete lustros pase.

Su amiga es joven y hermosa,

tan sencilla, tan amable

que acaso sirvió en sus sueños
115

al pincel de Miguel Ángel

para sus vírgenes bellas,

de tierna y divina imagen.

-«¿Y dices tú, dulce amiga,»

la preguntó con donaire
120

la niña de azules ojos

a la dama, «qué le hablaste

a ese señor don Gonzalo,

por primera vez en Flandes?»

-«Camila, sí.» -«¿Por qué lloras?
125

¿Es, Lucrecia, inconsolable

tu dolor? ¡Poco en mí fías

pues me ocultas tus pesares!

Si ellos no admiten remedio

no busco yo remediarles,
130

que hay penas en que el llorar

es lo que más satisface.

Pero al menos, ya que sé

que te lastiman tus males,

quiero mezclar mis suspiros
135

con el clamor de tus ayes.»

La estrechó entonces Lucrecia

contra su seno oscilante;

y no quedaran aquí

de su afecto las señales,
140

a no reparar las gentes

que se paran a observarles.

Que aunque buscaron de intento

el más oculto paraje,

y de la fiesta y bullicio,

145

el que hallaron más distante,

como es noche de verbena

fluctúan por todas partes

las parejas y los grupos,

de las danzas populares.

150

Y es tan crecido el tropel,

que embaraza lo bastante

para tener por estrechas

las anchas extremidades

del soto ameno y frondoso;

155

y para que así se ensanchen,

como las olas de un mar,

a límites tan distantes

de la sagrada capilla

de S. Antonio, al que aplauden,
160

y por quien es la verbena,

la concurrencia, y los bailes.

Son tan añeja costumbre

en ciertas festividades,

a guisa de romería,
165

estos campestres solaces,

que en ellos lo más florido

de la corte se distrae.

Jamás se falta a lo honesto

en punto de libertades,
170

las bellas damas platican

con los garridos galanes;

el rebozo no embaraza,

ni se torna por ultraje,

que los que no se conocen
175

allí se miren y se hablen.

Las dueñas allí no acechan,

ni son espías los pajes,

que el campo y la noche dan

extrañas seguridades.

180

Y como no hay atrevidos

que el mudo recato asalten,

se admiten cortesánías,

sin responder con desaires;

y requiebros, y los dulces,

185

del primero que los mande.

Y así, excusando algún duelo

entre donceles rivales,

(lo que mención no merece,

donde los hay tan amantes,

190

y haber cursado los más

en las escuelas de Marte,

donde aun les cabe por gala

hacer del valor alarde.)

Jamás tamañas licencias

195

causaron temeridades.

Y el no encontrar, con las damas

quien se atreva a propasarse,

es que acaso les contenga,

que haya tantos capitanes,

200

caballeros tan cumplidos,

que no excusaran mil lances

por vengar en los villanos

sus licencias y desmanes.

Pusiéronse en pie las damas,

205

y con lentos pasos graves,

tomaron por el camino

que al campo del Moro sale.

La confusión de las gentes,

la variedad de los trajes,
210

ni una mirada las roba

ni de su andar las retrae;

y eso, que son tan vistosos

que causa hechizo mirarles.

Sombreros de larga falda,
215

con retorcidos plumajes,

anchas valonas caídas

sobre los coletos de ante.

Ya capotillos airosos

ferreruelos y gabanes:
220

ya capas de inmenso vuelo

que hasta sus espuelas caen.

Botas de fieltro con vueltas,

en casi la mayor parte;

y medias de mil colores
225

lazos, cintas, alamares:

cruces de ser caballeros,

a medio codo los guantes,

y asomando por el cinto

del puño los gabilanes,
230

todo esto da a los hidalgos

cumplido y marcial realce.

Las camisolas rizadas,

de las damas, los encajes

de las golas, que en cañones
235

sin que su cuello embaracen

forman un blanco dosel

en que sus rizos descansan,

que en trenzas cortas les cuelgan

partidos en dos mitades;
240

jubones acuchillados,

petos de punta adelante

sendas sayas de Cambray,

tocas tan largas que arrastren,

negras porque entre ellas más
245

su blanca color resalte,

completan de aquella escena,

el movimiento incansable,

y del cuadro pintoresco

el mágico paisaje.
250

La campana de la ermita

da las seis. Luces errantes

van de pronto apareciendo,

entre los verdes ramajes

de los troncos populosos,
255

de que cuelgan los cristales

de los pintados faroles

que las luminarias traen.

Puéblase el campo de luces,

y el crepúsculo agradable
260

va enmarañando las sombras

porque alumbren más brillantes.

De pronto se oyen ruidosos,

confusos gritos mezclarse,

y un eco formaron ronco
265

que turbó la paz del valle,

«¡Fuego! ¡Fuego!» -Otras cien voces

lo repitieron distantes.

La campana de la ermita

tocó a rebato; y voraces
270

poco después ya las llamas

sobre la techumbre salen.

En aquel punto, cruzaban

tan cerca de sus umbrales,

las dos damas, que por fuerza,
275

bajo sus mismos pilares

el gentío que avanzaba,

las obligó a refugiarse.

A poco tiempo, observaron

que un doncel de buen semblante,
280

mozo en años, bien dispuesto,

vigoroso, atento, y ágil,

una mujer desmayada

sobre sus hombros de Adlante

sostenía, procurando,
285

cual rauda y velera nave

que rompe las rudas ondas

de los tormentosos mares,

traspasar aquel tropel

de la turba innumerable.
290

Le vio Lucrecia al pasar;

y creyendo desmayarse

apoyó en su tierna amiga

la pálida sien. -«¡Ah! ¡infame!»

(Gritó con furia.) ¿Le ves?
295

¡Es Federico!... ¡Es su amante

sin duda! -Es verdad; es tu hijo.

-¡No, Camila; no le llames

hijo mío! -¿Cómo no?

-¡Cómo es hijo de otros padres!
300

¡Mas ah! sigamos sus pasos,

si no quieres que me mate

el pesar: que ya sabrás

historias ¡ay! que te pasmen.

- II -

Don Juan, don Luis, ¿qué he de hacer?
305

Aconsejadme por Dios;

si amigos me sois los dos

ampararme es un deber.

-Federico, bien seguro

de nuestra amistad os veis;
310

y pruebas grandes tenéis

de que es franca: os aseguro,

que mi opinión es volverla

a sus padres, y aliviar

de esta manera el pesar
315

que habrán sentido en perderla.

-Lo mismo imagino yo.

-Don Luis, en vano. -¿Por qué?

-Mil cosas la pregunté

y a nada me respondió.
320

Llegando a tanto el dolor

de la infelice señora,

que a un nuevo desmayo ahora

quedó rendida, y mayor.

-Pero, ¿y nada habéis sabido
325

de sus padres? -No, don Juan.

-¿Ni averiguó vuestro afán

tampoco donde ha vivido?

-Ni aun ella misma lo sabe,

pues es aquí forastera:
330

ayer llegó. -¡Quién pudiera

remediar lance tan grave!

-Lo que sí puedo deciros,

que postrada al accidente

hablaba lánguidamente
335

entre quejas y suspiros;

y sea delirio, o sea

que en él pensaba, ¡ay de mí!

Dos veces, «Guevara» oí,

y después «Lope de Urrea.»

340

-Un don Gonzalo Guevara

servía en mi regimiento.

-Guevaras conozco ciento.

Esto el empeño no aclara.

-El caso es que una doncella
345

joven hermosa y honrada,

se encuentra en una posada;

y un mozo, y doncel con ella.

Y que es tan fácil manchar

de la honra el limpio crisol,
350

como difícil al Sol

su lumbre hermosa apagar.

Mi edad, mi genio vehemente,

y aun mi marcial profesión,

darán mayor ocasión
355

a ese vulgo maldiciente.

En fin que si aquí se hospeda

dirán la dejo afrentada:

y que su fama de honrada

sobre mi lecho se queda.
360

-Si no sabéis donde mora,

ni si tiene deudo o padre,

¿qué otro medio habrá que os cuadre?

-Eso es lo que el alma ignora.

-Y aunque la llevarais ya
365

a encomendarla al Mayor

de nuestros tercios, su honor

no por eso ganará.

Pues no será menos cierto

que en vuestro lecho durmió,
370

y que un Doctor la sangró.

-¡Gracias a él que no haya muerto!

¡Mas ah! debí preferir

que expirase... -¡No, no amigo!

-A que la viese un testigo...
375

-Un testigo, que a decir

la verdad, sólo dirá,

que os vio asistirle en efeto,

y que le admiró el respeto

con que la hablasteis. -¡Quizá!
380

Mas, confesad fue imprudencia.

¿No es verdad, don Luis? -Yo no

la tengo por tal. -Ni yo;

si no precisa asistencia,

fue entonces imprudente acaso
385

quien por salvar una dama

desmayada, entre la llama

se abrió con valor el paso,

con tal riesgo de su vida,

que aunque la ayudó tan luego,

390

¿quedó ceniza del fuego

su toca ya consumida?

-¡Es verdad: don Juan, don Luis

cual mi dolor consoláis!

¿Mi proceder disculpáis?

395

-Sin razón os afligís.

¿Largo tiempo no estuvimos

junto a la ermita esperando

que la vendrían buscando,

hasta que al fin, conocimos

400

que era exponerla a la muerte

prolongar ya mayor rato

el convulsivo arrebató,

de un parasismo tan fuerte

pues si todo esto es verdad,

405

vivid con ella tranquilo;

que en prestarla un noble asilo

no afrentáis su calidad.

Y además, sin que esto pase

ni aun a consejo siquiera;
410

y si tanto os condoliera

que su honor se mancillase,

bien sabéis por cosa llana

que hay reparación vistosa,

con llamarla vuestra esposa:
415

Federico, hasta mañana.

- III -

Son las diez del otro día,

y aún el rumor de la fiesta

se escucha del Manzanares,

en las frondosas riberas.
420

Mas ya la gente cansada

de pasar la noche en vela,

mustia, ojerosa, y rendida,

forma dos anchas hileras

al retirarse en tropel
425

por el largo de la cuesta,

que por nombre inmemorial

se llama la de la Vega;

donde el cubo ennegrecido

de un corto lienzo de almena
430

la imagen de aquella virgen

soberana representa,

que ahuyentó de la morisma

las escuadras altaneras.

La ermita del Santo, está
435

casi la mitad por tierra;

Y aún las quemadas paredes

en los montones humean.

Junto a los negros escombros,

solos dos hombres pasean;
440

y alguna vez sus miradas

entre furiosas y tiernas,

se clavan por un momento

en aquel montón de piedras,

cual si pensaran hallar
445

alguna reliquia entre ellas.

El traje que visten, es,

de personas de gran cuenta,

según dicen los aromas

de sus guantes y melenas,
450

y según reluce el oro

de los pinchos de su espuela.

Ancianos son; y uno de ellos

acaso demás lo sea,

pues el peso de los años,
455

rinde su blanca cabeza,

que escasa de nobles canas

sobre el colete se asienta,

hasta que impide la barba

que más adelante venga;

460

semejando un tronco añoso

que ha encorvado la tormenta.

El otro es fiero y erguido,

y su porte y gentileza

desmiente el rugoso sello

465

de su frente macilenta.

Altivo levanta el rostro

como haciendo alarde muestra

de dos ojos, que aunque ocultos

bajo sus pobladas cejas,

470

fingen dos vivos volcanes,

que entre nieve centellean.

Azules son, por formar

armonía más perfecta

con la color sonrosada
475

de sus mejillas aún frescas.

Dos horas van de silencio,

y dos horas que no cesan,

de recorrer los escombros,

y de mirar sus arenas;
480

y en tan rara suspensión

ignoro cuanto estuvieran,

a no llegar un soldado

y entrégales una esquila.

El más anciano, leyó,
485

del sobre escrito las señas.

«De una amiga, a don Gonzalo

de Guevara, Artel y Urrea.»

Recorrió con avidez

las breves líneas que encierra;
490

prosiguió de esta manera.

«El ser Urreas los dos

me hizo tomar la licencia

de ver la carta, sin ver

que a don Gonzalo es la muestra,
495

pero me huelgo ser ya

quien os dé tan buenas nuevas,

y exijo de vos albricias

por las que a mi parte quepan.

Vive Eloísa. -¡Es posible!
500

-Con un doncel se aposenta;

y aseguran que la trata,

con respeto y con decencia.

-Ah señor, dejad al menos

que alguna lágrima viertan
505

estos ojos, ya que tantas

mi fiel corazón anegan.

Gracias, mil gracias os doy.

¡Quién duda de Dios blasfema!

-¡Sí, don Gonzalo; no falta
510

al triste la Providencia!

Ahora preparad el alma,

don Gonzalo, toda entera,

para aposentar su dicha,

y aun dudo que la contenga.
515

¿Conocéis una señora

de Sevilla? -¡Ah... sí! -¿Lucrecia?

-Ese es su nombre, don Lope.

¿Y esta carta? -Es cierto, es de ella.

-Dadme. -Tomad, y advertid
520

si es vuestra dicha completa.

-¿Cómo? ¡Mi hijo! ¡mi hijo amado,

me prometen que le vea,

y que hoy mismo, entre mis brazos

le estrecharé con terneza!
525

Corramos, señor, corramos,

porque temo de mi estrella

según fue siempre enemiga,

que dejó de serme adversa

porque al darme un desengaño
530

me mate así más apriesa.

Este hijo amado, fue el fruto

de mis pasiones primeras;

el que he llorado perdido

desde que nació a la tierra:
535

¡cuyo recuerdo alentaba

mi entusiasmo en la pelea;

por quien estimaba tanto

mis títulos y riquezas!

Como era hijo natural,
540

me instaba aun más la conciencia

a que pagase en el hijo,

lo que le resté por deuda

a su madre, en no elegirla

por mi esposa, y compañera.
545

Mas ya sabéis se terció

de mi amor en competencia

aquel alférez francés;

y aunque se quedó en sospechas,

para un hombre como yo
550

bastaba sólo tenerlas.

Cesaron nuestros amores,

partiose altiva y resuelta

aquella mujer llevando

el fruto de nuestras penas,
555

sentida en que la ofendí

cuando dudé de quién era.

Y aunque después procuré,

sin excusar diligencias,

averiguar su retiro,

560

se ocultó de tal manera

que aun me ha dejado, ¡ah cruel!

ignorar de su existencia.

Llegando a tan alto punto

su energía o su soberbia,

565

que algunas cuantiosas sumas

que giré sobre Venecia

(pues sospeché que en su patria

acaso algún deudo tenga,)

a su nombre, con el fin

570

de prevenir su miseria

a favor de un Federico

he sabido dejó impuestas

en el banco, y sin tocar

ni un escudo de las letras.
575

¡Y acaso ese Federico

será la perdida prenda

de un amor que quince inviernos

en mi corazón no hielan!

Don Lope no creo en esto
580

que vuestro respeto ofenda,

pues de caberos mancilla,

me cabría a mí la mesma.

Dígoles porque ya somos

deudos los dos tan de cerca,
585

como lo está el que es esposo

de la inocente hija vuestra.

Que aunque no hace un sol cumplido

que nos enlazó la iglesia,

y aunque a poco de ser mía,
590

nos sucedió su tragedia;

corre ya vuestro apellido

con el mío de mi cuenta.

-Don Gonzalo, vanas son

aquí excusas ni protestas.
595

No puede extrañarle a un padre

de otro padre la flaqueza;

y yo por mí, os aseguro

que en extremo me interesa

hagáis legítimo al hijo,
600

por acallar la conciencia.

-¿Y Eloísa que dirá?

-Es mi sangre. -¡Que grandeza!»

A largo paso subieron

del Alcázar por la senda
605

que cruza el campo del Moro

al cubo de la Almudena.

- IV -

Perdón, Señora, perdón.

-¿Por qué no me ha herido un rayo

si el volver de mi desmayo

610

es por ver mi perdición?

Caballero fementido...

-Señora. -De ruin linaje;

¡no valía tu hospedaje

mi pobre honor que has perdido!

615

Dejárasme allí morir,

inocente y desdichada:

¡porque vivir afrentada,

me es imposible vivir!

¡Noble hazaña de un león,

620

esperar a que durmiera

la tierna y blanca cordera

para herir su corazón!

¡Ay de mí! ¿sabes quién soy,

y que esta pobre mujer,
625

la más venturosa ayer

es la más infeliz hoy?

-Nada sé, sino que os vi:

y en mal hora debió ser

pues en tus ojos ayer
630

alma y sentidos perdí.

¡La soledad, el secreto,

tu hermosura y la ocasión

triunfaron de un corazón,

que era noble, lo prometo!
635

¡Pero fue débil contigo,

por mengua y desdicha mía;

mi conducta ha sido impía,

y yo también la maldigo!

Y si deseas vengar
640

la amargura de tus penas,

con la sangre de mis venas

yo te la quiero comprar.

¡Mas si otro remedio alcanza,

que yo tendré a gran favor,
645

concédeme de tu amor

la lisonjera esperanza!

Mi vida te sacrifico;

a tus pies quiero expirar

si rehúsas perdonar
650

a un esposo en Federico.

-¡Imposible! ¡ah! ¡desdichado!

-Soy aunque hijo natural,

caballero principal

que en la lid me he conquistado
655

un nombre que no tenía,

y un blasón en mi cuartel;

¡en cuanto a adorarte fiel

no haré mucho, hermosa mía!

Respóndeme; ¡sí, por Dios!

660

¿Quieres seguirme al altar?

-¡Cielos! ¿No oíste llamar?

-Un golpe han dado: ahora dos.

-Ya suben. Pienso que sí:

¡y aún de armas se escucha el ruido!

665

-¡Cielos! ¡Él! -¿Quién? -¡Mi marido!

-¡Su marido! ¡La perdí!

- V -

Lucrecia, Señora, os digo

que me aterra vuestra vista:

¡que sois el ángel del mal

670

que se goza en mis desdichas!

-Federico, cesa, cesa,

que te enfurecen tus iras;

y el hacer llorar un alma

tan débil como la mía,
675

no es de tu buen corazón

empresa gloriosa y digna.

-¿Pero qué te hice, mujer

para que así me persigas?

¿Por qué te gozas en ver
680

que he perdido mi Eloísa?

Y lo que es más, ¿por qué fuiste

tan cruel, tan mi enemiga,

que el que lo avisó a su esposo

fuiste, señora, tú misma?
685

¿Eras tú la que por madre

me hiciste adorar un día?

¿La que los sueños dichosos

de mi inocencia tranquila,

llorando junto a mi cuna,
690

en amorosa vigilia

guardabas con tierno afán,

temerosa por mi vida?

¿Fuiste tú la que en tus brazos

entre amorosas caricias
695

puras, porque entonces lo eran

las que yo te merecía,

hiciste apuntar el bozo,

con tus hermosas sonrisas

sobre mis labios de niño
700

que tu nombre bendecían?

¡No, no eres tú, por desgracia,

la sensible y dulce amiga

que gravó en mi corazón

de la virtud las semillas!
705

¡Sin duda que sueños son

de mi loca fantasía,

aquellos tiempos perdidos

de tan sublimes delicias!

Que como sueños felices
710

tan brevemente se olvidan;

y como en la edad del niño

la ilusión todo lo anima;

por eso el que la recuerda

la recuerda tan divina,
715

mas no puede asegurar

si fue verdad o mentira.

-¡Federico, ah! Federico;

no sabes cuánto lastiman

el alma de una mujer
720

las quejas de la injusticia.

Todos esos que recuerdas
sueños de glorias perdidas,
fueron verdad, como son
verdaderas tus perfidias.
725

Si gozas en que otra vez
los azares te repita
de mi historia desdichado,
gózate pues en oírla.

Sabes que noble nací,
730
mas los cielos de Sevilla
dieron un alma de fuego
en el cuerpo de una niña.

Las guerras de Flandes, fueron
pronta ocasión de mi ruina,
735
pues me robaron mi padre.

Huérfana, pobre, sin guía,
entregué mi corazón

a la ventura. Benigna

dispuso entonces mi estrella,
740

que fuese un hombre de estima,

don Gonzalo de Guevara

y Urrea, en la infantería

española capitán,

quien con honrosa hidalguía
745

de mí se compadeciese

alzándome tan arriba,

que ya iba a hacerme su esposa

aunque para él tan indigna.

Celos injustos causaron
750

desazones imprevistas;

y el orgullo en las mujeres,

que es planta que no se inclina

cuando injustamente hollado

por tierra se les derriba,
755

me decidió a separarme

de sus recelos sentida,

aunque era madre, y aunque era

aquella ocasión propicia,

para esperar que su mano
760

legitimase cumplida

el fruto de unos amores

que dieron flor entre espinas.

-Lucrecia, Lucrecia, y bien,

¿soy yo ese hijo? ¡ah! No prosigas
765

sin descifrarme aquí mismo

tan interesante enigma.

-Ofrezco decirlo, sí.

-Pues a que aguardas remisa.

Una palabra te basta,
770

una sola: ¡dila!... ¡dila!

-¡Federico! -¡Ya conozco

que no lo soy! ¡No querría

una madre ver el ansia

que mi pecho martiriza!

775

Estas lágrimas ardientes

en su seno caerían,

y ahogaran su triste voz.

¡Oh! ¡que el cielo te maldiga!

-¡Maldecirme! ¿por tu boca?

780

Esa sentencia retira,

¡por Dios! ¡por mí, Federico!

¡Por tu madre! -¿Me suplicas?

¡Sí: levanta: ha sido injusta

mi cólera; ha sido impía!

785

¡Yo maldecirte! ¡Jamás!

Mas consiente me despida.

-Espera. -¡Esperar! ¿lo mandas?

Obedezco todavía:

porque no he de darte causa
790

para que ingrato me digas;

y porque la vez postrera

ha de ser... Toma una silla.

-No intento cansarte más

con mis querellas prolijas;
795

ni con engaños tampoco

merecer tu idolatría.

¡No soy tu madre! -¡Ah! ¡Lucrecia!

-Por esto no soy indigna

ni me avergüenzo tampoco
800

del cariño que me inspiras.

Yo he besado tus melenas

cuando en mis brazos dormías,

y han calentado mis ayes

tus macilentas mejillas.
805

Yo me he gozado en formar

tu generosa alma altiva,

y en fecundar tus talentos

con todo cuanto sabía.

Tú has sido mi amor, mi orgullo;
810

y el que fueses maravilla

de otras madres, el anhelo

que mis sueños embebía.

Con la edad y con los años

que ocasionan la malicia,
815

juzgué que era más que amor

mi maternal simpatía.

Temí sondar en el alma

la oculta y tremenda herida

recelosa de encontrar
820

añejo el mal que la excita.

Sí, Federico, mi afán,

era un amor que encubría

bajo el velo de la madre

una pasión homicida.

825

Tú eras libre; mi esperanza

por no morir tan aprisa

esperó, y siguió esperando,

hasta aquella de agonía

noche horrenda, en que te huiste

830

de mi casa, y en las filas

de los tercios españoles

que en Italia combatían,

te enganchaste; ¡prefiriendo

la muerte atroz en la liza,

835

al amor de una mujer

que por tu madre tenías!

Si la razón saber quieres

de hallarte en mi compañía,

fue morírseme aquel hijo

840

en cuyos ojos vivía;

y procurando calmar

mi pesadumbre excesiva

tu madre. -¿Mi madre? -Sí.

Pobre, aunque honesta y sencilla,

845

casada con un soldado

muerto en las guerras de Hungría.

-¡Padre mío! ¡Ah! sí, Lucrecia,

sólo nombrarlos me alivia.

¡Lucrecia! ¡Dios poderoso

850

por su memoria os bendiga,

y por el bien que causáis

al huérfano! -¡Se moría

vuestra madre, y preveyendo

en mis ojos que os pedían,
855

para consuelo en mis penas,

os colocó en mis rodillas,

y a poco expiró! -¡Ah! ¡mi madre!

¡Yo buscaré tus cenizas!

-Fueron tan fácil remedio
860

a tornarme la alegría

tus inocentes cariños

que ocultando no existía

mi propio hijo, en su lugar

te hice pasar a la vista
865

del mundo; creyendo ya

que la fama ilustre, antigua,

los títulos y riquezas

del de Urrea, servirían

más tarde a recompensar
870

el mucho bien que me hacías.

Cuando sospeché mi amor,

dejé de darle noticias

de tu existencia, pues ya

fuera infame la falsía.

875

Ahora que ya mi relato

y tu impaciencia terminan,

quiero prevenir excusas

aunque tú no las admitas.

Supe que a Madrid, los tercios

880

de Italia al fin se volvían,

y por gozarme otra vez

en tu frente peregrina,

vine a la corte también.

Del santo la romería,

885

me hizo ver tu noble arrojo

con la dama de la ermita;

seguí tus pasos celosa...

Y aquella carta fue escrita.

Mas pesándome después

890

de que mi mano te aflija,

a don Gonzalo añadí

que a su hijo en Madrid vería.

-Cómo ¿juzgasteis, señora,

que ayudara a una perfidia?

895

-¡Ahora no, porque ya sabes

que su sangre no te anima;

antes sí, porque jamás

juzgué que tanto sabrías!

-¿Tenéis que decirme más?

900

-Que si a matarme no aspiras,

le prometas un recuerdo,

y una lágrima perdida

a la más triste mujer,

que a tu amor se sacrifica.
905

-¡Una lágrima!... ¡un recuerdo!

Sí, Lucrecia, mientras viva.

- VI -

-Don Lope, demandas tales,

entre buenos caballeros

sólo a las armas se dejan.
910

-Razón tenéis, lo confieso.

-Caviloso vais, señor.

-Pues no es por falta de aliento,

que os fío de mí, dejaros

bien airoso en el empeño.
915

Y aun a deciros verdad,

jamás he salido a un duelo

haciendo el triste papel

de padrino o de tercero.

Y sabéis lo que he pensado
920

que dos a dos batallemos,

si no desaira el contrario

el medirse con un viejo.

¡Que hasta eso alcanzan los años,

y es que a cuenta del respeto
925

por flacos nos desestimen

esos bisoños mancebos!

-Por parte de Federico

¿quién es el padrino? -Entiendo

que un don Juan de Castañeda.
930

-Sí, un alférez de los tercios.

-Muy su amigo, y según dicen

sabedor de sus excesos.

-Basta esa razón y sobra

para quitarle de enmedio.
935

-Os juro por esta cruz

del hábito, que en mi pecho

está mostrando, que nunca

he quebrado un juramento,

que de solo a solo, a cuantos
940

conocieren del suceso

he de sacar a campaña

hasta contarles por muertos.

¡Qué, vivo yo, no dirán

que hay voces que escuchar temo
945

porque me pueden poner

mi baldón de manifiesto!

Por vuestra parte, don Lope,

habéis quedado bien puesto,

tomando tan sobre vos
950

de mi venganza el acierto.

Y lo que estimo, de más

a todo encarecimiento,

es de mi esposa Eloísa

el proceder tan sincero
955

en confesaros ingenua,

su vergüenza y vilipendio;

y de la grandeza vuestra

el generoso consejo

de enviarla entre mis brazos
960

a llorar sus sentimientos.

Si no la quisiera aún más,

tendríame yo por menos,

en no saber lo que vale

tan puro desprendimiento
965

de sí misma, en exponerse

a mi odio y menosprecio,

por no dejar de ser franca

con el que eligió por dueño.

Vamos al campo, don Lope,
970

que me aguijan los deseos

de lavar con sangre infame

tan villanos desaciertos.

-Muchas veces he pensado

que en el honor no era cuerdo,
975

ni de sus leyes sabía

quién lo fió a los ajenos.

Pues basta una lengua impura

para afrentar nobles pechos;

y un traidor para acabar
980

con el honor más entero.

Pudiendo mas la falsía,

la ocasión, y el fingimiento,

la injusticia, en fin, que puede

un corazón siempre recto.
985

-Vamos al campo, don Lope;

que acaso tarde llegamos.

-Cortárame entrambas piernas,

según me sirven de peso.

Este don Gonzalo es ya
990

el prado de Recoletos.

-¿Y no advertís que dos sombras

se pasean a lo lejos?

¡Ellos serán, según late

mi corazón! -Sí, son ellos.
995

Acercáronse, y los hombres

que esperaban encubiertos.

Se aproximaron también

para acortar los rodeos.

Sus cortesanos saludos
1000

fueron breves, y en silencio.

Concertaron dos a dos

el desafío, y resueltos

desenvainaron los cuatro

los fulminantes aceros.
1005

A los primeros fendientes

que retumbaron los ecos,

escuchan varias pisadas

presurosas a su encuentro,

y dos damas encubiertas
1010

con las tocas hasta el suelo

-por medio de las espadas,

ligeras se interpusieron.

Dicen si vio Federico

al través del manto espeso,
1015

los ojos de una mujer

que ama y aborrece a un tiempo:

lo que no le queda duda

fue que en ademanes tiernos

explicó frases cortadas
1020

a don Gonzalo en secreto,

que de su rabia furiosa

los ímpetus detuvieron.

Siguiose un corto coloquio;

despareció la del velo;
1025

habló después don Gonzalo

a don Lope con misterio,

y a poco se adelantaron

a sus rivales suspensos.

«Federico,» prorrumpió,
1030

con entrecortado aliento

el capitán, «imposible

es que el lance terminemos.

El ofendido fui yo;

yo me doy por satisfecho.
1035

Que no excusará un delito

otro mayor y más fiero.

¡Acaso pronto sepáis

el delito horrible, inmenso,

que por ser en daño mío
1040

os consintió el alto cielo!

-Mirad que un error... presumo...

si os engañan. -No, no puedo

en sangre propia saciar

la sed de mi enojo ciego.
1045

Y por ahora, basta. Adiós.

¡Que aun, otra vez nos veremos!

-¡Quiera Dios, (dijo a don Juan

el buen Federico, al verlos

alejarse) que aquí no haya,
1050

algún peligroso enredo!

Y de deberse aclarar

más tarde, ¡pardiez que siento

no haber muerto ya a sus manos,

porque sé que lo merezco!»
1055

Calló don Juan, y dejaron

después el Prado desierto.

Aún no serían las cuatro,

pues aún no iba amaneciendo.

- VII -

Sigamos en su carrera
1060

a las presurosas damas,

que cual raudos torbellinos

cruzan con rápida planta

el Prado de Recoletos,

y la calle extensa y ancha
1065

que atraviesa por el Carmen,

y que comunica entrada

a la otra bien conocida

del Caballero de Gracia.

En frente del oratorio

1070

que a su imagen se consagra,

se detuvieron mirando

los jeroglíficos y armas

que aparecían pintados

en la pared de la casa.

1075

Sin duda se aseguraron

de sus temores entrabas,

y convencidas de que era

aquella la que buscaban,

entraron en el portal

1080

con entera confianza.

Ricas alfombras, tapices

adornan la hermosa sala

a donde pasar las hizo

un criado sin tardanza.

1085

Que en aquel tiempo dichoso,

aún los criados usaban

fino agasajo y buen modo,

con sólo ver tocas largas.

Su nombre las preguntó
1090

con humildad cortesana,

o de su visita el fin.

Aparecieron turbadas,

sin saber que responderle:

mas le replicó en voz baja,
1095

una de ellas: «Si excusando

el ser aún tan de mañana,

podría doña Eloísa

Urrea Urtel y Guevara,

dar audiencia a dos señoras,
1100

sobre un lance de importancia.»

Apenas el paje oyó

la suplicante demanda,

se retiró; y en el tiempo

que ocasionó su tardanza,
1105

entre sí con voz medrosa

cambiaron estas palabras.

«¿Qué intentas? -¿No lo adivinas?

Federico sabes la ama

con delirio. -¿Y bien? -Y sabes,
1110

que es tan loca su arrogancia

que aunque se lo he suplicado

de rodilla, ante sus plantas,

y he abrasado sus dos manos

con el fuego de mis lágrimas,
1115

jamás quiso consentir

en dar remedio a las ansias

de don Gonzalo, fingiendo

que es el hijo que idolatra.

Mucho más, cuando su vida

1120

en riesgo inminente estaba

por el desafío a muerte

que exigió para venganza

de su honor, el don Gonzalo,

y que yo impedí con maña.

1125

-¡Con efecto, a Federico

la muerte poco le espanta

ni aun con tenerla tan cerca

y su dicha tan lejana!»

Volvió el paje, y las condujo

1130

pasando muchas estancias

a un gabinete ochavado,

rico en pinturas y estatuas

de los más diestros artistas

de Roma, Flandes, y España.

1135

En un sillón de respaldo

está Eloísa sentada;

las acogió sin cumplido,

con nobleza y elegancia.

Acercó el paje dos sillas,
1140

cerró la puerta dorada,

y sus velos levantaron

las misteriosas tapadas.

Un rato hablaron sus ojos,

en un momento de pausa,
1145

en que recíprocamente

escudriñaron sus gracias;

no de otra suerte, que atento

antes de entrar en campaña

un buen general, calcula
1150

sus fuerzas y las contrarias.

Rompió el silencio Lucrecia

con voz trémula aunque clara.

«La licencia perdonad,

bella Eloísa; y la causa
1155

de la molestia, disculpe

nuestra libertad extraña.

-Nada tengo que excusaros.

-Venir tan de madrugada

es doble incomodidad
1160

que nos disgusta, y enfada

teneros que ocasionar:

mas el honor no repara.

-Señora, os ruego que habléis,

y advertáis que no me cansa
1165

vuestra amable compañía;

antes bien, sin que esto valga

por lisonja, pues no sé

lo que son lisonjas vanas,

tan sentida es vuestra voz

1170

y penetra tanto el alma,

acaso porque los tristes

se adivinan en el habla

que os aseguro que encuentro

cierto alivio en escucharla.

1175

En cuanto a ser importunas

por venir antes del alba,

nunca es pronto para aquella

que en la noche no descansa,

y que ve rayar sus luces

1180

sollozando y desvelada;

¡y deja el lecho desierto,

y en este sillón la aguarda!

Mas decidme a que venís,

que las horas van con alas.

1185

-¡Sí; un momento que se pierda

puede hacernos mucha falta!

Don Gonzalo, vuestro esposo...

-¡Cielos! ¡alguna desgracia!

-Hermosa Eloísa, no;
1190

por ahora no temáis nada;

aunque no ha muchos momentos

que en un desafío. -¡Ah! ¡infausta

y enemiga suerte mía!

-Sus fulminantes espadas
1195

pudo suspender a tiempo

mi constante vigilancia.

Mas acaso nuevamente

los enemigos se aplazan.

Si vos no favorecéis
1200

mis intentos. -Sí, me basta

para ayudarlos, saber

que de mi esposo se trata.

-Vos, Eloísa, ¿ignoráis

de una dama sevillana
1205

sus primeros amoríos?

-Sí; los sé. -¡Tú eres! -Acaba.

-El arbitrio que encontré

para derrocar su saña,

fue hacerle creer que el hijo
1210

por quien en sueños rezaba,

era el mismo a quien quizá

rasgaría las entrañas

en aquel sangriento duelo

a que feroz se lanzaba.
1215

-¿Mas di, es su hijo? ¿Lo es, Lucrecia?

-Eloísa, no. -¿Me engañas?

-¡Os lo juro por su vida

ante la imagen de plata

que lleváis de ese collar

1220

pendiente de la garganta!

¡Murió nuestro hijo! Ese joven

no pertenece a su raza.

-¿Y cual será el resultado

de ayudar esta falacia?

1225

-Sólo el que vos consintáis

en que con él se repartan

algún día vuestros bienes

como herencia necesaria;

ese todo el mal será.

1230

Los bienes, que en quieta holganza

podáis del hidalgo esposo

al besar las nobles canas,

gozaros era que vos sois

el ángel que se las guarda.

1235

¡Poder estrechar sus manos

sin mirar las rojas manchas,

que de un torpe asesinato

y sacrilegio resaltan!

-Sí, consiento: en todo, en todo.
1240

Ahora bien, decidme franca,

qué debo hacer. -Escuchadme.

El joven os idolatra,

una orden vuestra será

para él religiosa y santa.
1245

Mandadle que no declare

jamás su nombre o su patria,

y que consienta en pasar

por aquel hijo que aguarda

con tanto afán don Gonzalo,
1250

y que nunca el pobre abraza.

Se lo he suplicado yo,

y lo tuvo por infamia.

Si vos no lográis rendirle,

y en su error le desengaña.
1255

-¡Morirán, sí morirán!

Comprendo su encoco y rabia.

¿Y ese joven tan restado

que ni aun la muerte le arrastra

a confesarse por su hijo,
1260

quién es que tan ciego acata

la voz de una mujer triste?

-Decidme, ¿tenéis constancia,

para saberlo? -¡Lucrecia!

-¿Generosidad os falta
1265

para perdonarle? -¡Ah! ¡Es él!

Perdonarle nunca. Basta.

-¿Lo hablaréis? -No. -¡Por piedad,

por vuestro esposo! -¡Ah! ¡inhumana!

-¡Por vuestra padre! -¿También

1270

por su vida me amenazas?

-Padrino ha sido en el duelo,

y... -¡Ah! ¡Lucrecia tú me matas!

¡Morir mi esposo, mi padre!

-Una voz tuya los salva.

1275

-Sí, que venga Federico.

-¡Dios bendiga virtud tanta!

- VIII -

-Volved, Federico, en vos.

-¿Estabais aquí, don Luis?

-Cuando ahora lo advertís,

1280

turbado estáis, vive Dios.

¿Qué hechizos habéis bebido

en esa cita de amores?

-Fuera de burlas, señores,

que no habléis en eso os pido.

1285

-¡Veis, don Juan, qué aire tan serio!

-Ni es cita, ni fue de amor,

sino un empeño de honor,

en el que guardo misterio.

-¿Qué hay de vuestro desafío
1290

con el señor capitán?

-Por ahora nada, don Juan.

Descansad amigo mío,

que cuidaré de buscaros

en caso de no ajustarse
1295

nuestras penas. -En matarse

no se anda nunca en reparos.

A fe de Luis, que en lugar

de andarme con esos plazos,

a fuerza de cintarazos
1300

yo lo había de zanjar.

¿Han llamado? -Sí, han llamado.

-¿Esperáis a alguien? -Sí espero.

Hablar a un amigo, quiero

de un asunto reservado.
1305

-Según eso, ¿os vendrá bien

que el sitio desalojemos?

-Después, don Juan, nos veremos.

Por aquí, que si no os ven.

-¿Casa tenéis de dos puertas?
1310

Pues no es buena de guardar.

-No tengo que recatar,

por eso están siempre abiertas.»

Por la una juntos salieron

los amigos que le hablaban;
1315

y por la otra puerta entraban

los que a la sazón vinieron.

Era una dama galana,

y un caballero embozado;

don Gonzalo y a su lado
1320

Lucrecia la sevillana.

Imperceptible sonrisa

sobre sus labios notó

Federico, y recordó

su cita con Eloísa.
1325

Y a su memoria trayendo

lo que le exigió llorando,

está en el alma buscando

valor para entrar fingiendo.

-«Federico, ya sabrás
1330

por Lucrecia que es tu madre.

¡Que soy tu infelice padre!

¡Infelice por demás!»

Lucrecia al ver su tardanza

en responder, se pasó
1335

a su lado, y murmuró

«¿Y Eloísa? ¿Y su esperanza?

-Sí, señor, todo lo sé.»

Replicó el joven resuelto,

de su asombro apenas vuelto.

1340

-«¡Olvido y perdón! -Si a fe.

-Tú que cuentas pocos años,

aprende en mi larga edad

lo que amarga la verdad

de tremendos desengaños.

1345

Procura siempre enfrenar

de tus pasiones el vuelo:

¡aprende en mi desconsuelo

lo que hacen ellas penar!

Mira esta pobre mujer:

1350

en premio de que me amó,

mi orgullo la abandonó

con mengua de mi deber.

¡El ser padre que en la tierra

dicen que es el bien mejor,
1355

es el tormento mayor,

para el que oculto lo encierra

en su pecho, sin nombrar

nunca al hijo idolatrado;

porque no halla un nombre honrado
1360

con que poderle llamar!

¡Quién la virtud menosprecia

quién no acata su decoro

lo paga en eterno lloro!

¡Ya lo ves en mí y Lucrecia!
1365

En fin hijo, que por hoy

ya este nombre te he de dar,

para después olvidar

hasta el nombre que te doy:

¡Tú has castigado mi error,
1370

con el suplicio más fiero:

yo te le negué primero,

tú me has quitado el honor!

¡Parte, parte a extraños mares;

pero llévate al partir,
1375

el consuelo de decir,

te perdono mis pesares!

¡Llévate mi corazón

pues por más que te acrimino,

a ti me inclina el destino:
1380

llévate mi bendición!

-Señor, mirad no debéis...

-Joven, le dijo Lucrecia,

sabéis cuán bella es Venecia,

a Venecia partiréis.
1385

Pingües rentas de sus bienes

os darán cómoda holganza.

-Sí partiré sin tardanza.

Bien, Señora, lo previenes.

-¿Con la condición precisa
1390

de no vernos nunca más?

-Sí señor. -¿Nunca? -¡Jamás!

¡Te he obedecido, Eloísa!»

Los tres un grupo formaron

con sus brazos al ceñirse;
1395

y sin un Adiós decirse

los tres al fin se apartaron.

- IX -

¡Camila; somos felices!

¡Va a partir! ¿Pero qué tienes?

¡Habla, Camila; tu rostro
1400

tan pálido me estremece!

-Apenas saliste, un paje

me ha entregado este billete.

-¿Tan a deshora? ¡Dios mío!

-Me repitió varias veces
1405

que era urgentísimo. -¡Ay! triste.

«Sabréis», (no acierto a leerle,)

«que todo está descubierto.»

¡Virgen del dolor valedme!

«Mi padre tuvo noticias
1410

de que estuvisteis a verme:

me oyó hablar con Federico,

oculto en mi gabinete.

Eloísa, hija del alma,

me dijo con voz solemne,
1415

¡Dios no permite una infamia

aun salvando a un inocente;

mucho menos por salvar

un seductor vil y aleve!

Sin duda a matarle van
1420

pues requirió de repente,

su tizona de dos filos,

la de los duelos de muerte.

¡Me deja encerrada y sola,

si vos no habéis de valerme,
1425

sólo rezar y gemir

la triste Eloísa puede!»

¡Corramos; Camila a Dios!

La abrazó ardorosamente;

-¡Lucrecia! -¡Mis bienes tuyos
1430

serán... Adiós... Para siempre!

-¡Espera! -¡Vivir no espero,

si mi Federico muere!

Partió frenética al punto,

y la siguió velozmente
1435

la sollozante Camila,

que como a madre la quiere.

La cuesta del Buen Retiro

suben con pasos tan leves,

que si pisan es tan poco
1440

que la arena no lo siente.

Al llegar junto al camino

que de Alcalá el nombre tiene,

vieron a un lado luchando

cuatro hidalgos frente a frente.
1445

Dos hondos suspiros lanzan

las dos damas que se pierden

entre el rumor de las armas.

Sus voces las desvanecen

los ayes de los heridos,
1450

los tajos de los que hieren.

Dos solos quedan ya en pie;

y el uno de ellos parece

mal parado, pues el brazo

de una banda se suspende.

1455

Ancianos son, y se abrazan.

¡Los que en el suelo fallecen

son jóvenes: por los años

no ha estado la buena suerte!

-«¡Tarde llegamos! -¡No es tarde,»

1460

la replicó con voz fuerte

don Gonzalo, «pues presencias

que castigo a quien me vende!»

Dijo, y se alejó: y Lucrecia

junto a los muertos perene,

1465

era luna estatua brillante

sin calor que la alimente.

De el hospital de los locos

de Toledo, cinco meses

después, salían dos hombres
1470

que una señora sostienen.

Lisiado el uno del brazo

izquierdo, que apenas muere,

el otro buscando apoyo

en su báculo, por débil,
1475

«¡Pobre loca!» murmuró

la dama con voz doliente,

«¡Jamás me pienso olvidar

de lo mucho que padece!

¡Huyamos de una ciudad
1480

donde hay que ver tantas veces,

este sepulcro en que entierran

los que por amor se pierden;

que sólo el amor podría

volver un alma demente!
1485

¡Pobre loca!» repitió

Eloísa, y partió en breve.

«¡Lucrecia infeliz!...» dijeron

los ancianos tristemente.

Comprar el trono de un pueblo con la sangre de un hermano

2010- Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

